

influjo nervioso á los cuerpos estriados á la capa inferior del pedúnculo cerebral, al bulbo; más tarde, después del cruzamiento, á la médula espinal, á los nervios y, por último, á los músculos. En la volición negativa, el "Yo quiero," va seguido generalmente de una suspensión: las condiciones anatómicas y fisiológicas de la transmisión son bastante menos conocidas. En la hipótesis arriba indicada, no serán en nada distintas del caso precedente. Pero en uno y otro caso, la conciencia no conoce directamente más que dos cosas: la partida y la llegada; el "Yo quiero," y el acto producido ó impedido. Todos los estados intermedios se le escapan, y no los conoce sino por ciencia adquirida é indirectamente. Así fijados por la suma de nuestros conocimientos actuales, debemos limitarnos á comprobar á título de hecho que, así como tenemos el poder de empezar, continuar y aumentar un movimiento, tenemos el poder de suprimir, interrumpir y disminuir este movimiento.

Estas consideraciones nos conducen, por lo menos, á un resultado positivo: que todo acto de volición, impulsivo ó inhibitorio, *no actúa más que sobre músculos y por medio de músculos*; que toda otra concepción es vaga, inapreciable, quimérica; que, por consecuencia, si el mecanismo de la atención es motor, como nosotros afirmamos, es preciso que en todos los casos de atención entren en juego elementos musculares, movimientos reales ó en el estado naciente sobre los cuales actúa el poder de suspensión. Nosotros no ejercemos acción (impulsiva ó inhibitoria) más que sobre los músculos voluntarios; en esto está nuestra única concepción positiva de la voluntad. Es preciso, pues, una de dos cosas: ó bien encontrar elementos musculares en todas las manifestaciones de la atención voluntaria, ó bien renunciar á toda explicación de su mecanismo, y limitarnos á consignar que existe.

La atención se aplica voluntariamente á percepciones, imágenes ó ideas; ó, para



hablar más exactamente y para evitar toda metáfora, el estado de monoideísmo puede mantenerse voluntariamente para un grupo de percepciones, de imágenes ó de ideas, adaptadas á un fin puesto de antemano. Tenemos que determinar los elementos motores que se encuentran en estos tres casos:

1.º En lo que concierne á las percepciones no hay dificultades. Todos nuestros órganos de percepción son á la vez sensoriales y motores. Para percibir por los ojos, manos, pies, lengua ó nariz, hacen falta movimientos. Cuanto más movibles son las partes de nuestro cuerpo, más exquisita es su sensibilidad; cuanto más pobres de movimientos, más obtusa aquélla.— No es esto todo; sin elementos motores, la percepción es imposible. Recordemos, como hemos dicho antes, que si se mantiene el ojo inmóvil fijado sobre un objeto, al poco tiempo la percepción se hace confusa, y después se desvanece. Aplicad sin presión el pulpejo del dedo sobre una mesa,

y al cabo de algunos minutos no sentiréis el contacto. Un movimiento del ojo ó del dedo, por ligero que sea, resucita la percepción. La conciencia no es posible más que por el cambio: éste es imposible sin el movimiento. Podríamos extendernos largamente sobre este tema, porque, aunque los hechos sean de toda evidencia y de una experiencia vulgar, la psicología ha descuidado de tal manera la función de los movimientos, que ha concluído por olvidar que éstos son una condición fundamental del conocimiento, porque son el instrumento de la ley fundamental de la conciencia, que es la relatividad, el cambio. Bastante hemos dicho de ello para justificar esta fórmula absoluta: sin movimientos no hay percepción.

El papel de los movimientos en la atención sensorial no puede dar lugar á dudas. El relojero que estudia minuciosamente los engranajes de una máquina, adapta sus manos, sus ojos, su cuerpo: los demás movimientos los suprime. En los experimen-



tos de laboratorio hechos para estudiar la atención voluntaria de este estado de concentración por suspensión de los movimientos, alcanza con frecuencia un grado extraordinario: hablaremos de ello más adelante. Recordemos las observaciones de Galton, referidas en el capítulo precedente, sobre los movimientos que se producen en un auditorio fatigado. Atención significa, pues, concentración é inhibición de movimientos. Distracción significa su difusión.

La atención voluntaria puede actuar también sobre la expresión de las emociones si tenemos fuertes razones para no traducir su sentimiento al exterior y un poder de suspensión suficiente para impedirlo; pero no actúa más que sobre los músculos, sobre ellos solos: todo el resto se le escapa,

Hasta aquí hemos tomado la cuestión por su aspecto más fácil. Llegamos ahora á esa forma completamente interior que se llama *reflexión*. Tiene ésta

por materia imágenes ó ideas. Necesitamos, pues, encontrar en estos dos grupos de estados psíquicos elementos motores.

2.º “No parece evidente á primera vista, escribía ya Bain en 1855, que la retención de una idea (imagen) en el espíritu, sea la obra de los músculos voluntarios. ¿Cuáles son los movimientos que se producen cuando yo me represento un círculo, ó cuando pienso en la iglesia de San Pablo? No se puede responder á esta cuestión más que suponiendo que la imagen mental ocupa en el cerebro y en las demás partes del sistema nervioso el mismo sitio que la sensación original. Como hay un elemento muscular en nuestras sensaciones, especialmente en las de orden más elevado, tacto, vista, oído, este elemento debe, de una manera ó de otra, encontrar su sitio en la sensación ideal, en el recuerdo.” Desde aquella época, la cuestión de la naturaleza de las imágenes se ha estudiado seriamente y con fruto, y resuelto en el



mismo sentido (1). Mientras que para la mayor parte de los antiguos psicólogos, la imagen era una especie de fantasma, sin sitio determinado, que existía "en el alma", diferenciándose de la percepción, no en grado, sino en naturaleza, y pareciéndosele "á lo más como un retrato se parece al original"; para la psicología fisiológica, entre la percepción y la imagen, hay identidad de naturaleza, identidad de asiento, y sólo diferencia de grado. La imagen no es una fotografía, sino una reviviscencia de los elementos sensoriales y motores que han constituido la percepción. A medida que su intensidad aumenta, se aproxima á su punto de partida y tiende á devenir una alucinación.

---

(1) Consúltese Taine, *La inteligencia*, lib. II.—Galton, *Inquiry into human Faculty*, etc., p. 83-114.—Charcot, *Leçons sur les maladies du système nerveux*, tomo III.—Binet, *Psicología del razonamiento*, capítulo II.—Ballet, *Le langage intérieur et les diverses formes de l'aphasie*.

Para concretarnos á los elementos motores de la imagen, únicos que nos interesan, claro está que, puesto que no hay percepciones sin movimientos, éstos dejan en el cerebro, después de producirse, residuos motores (ideas motoras, intuiciones motoras), exactamente como las impresiones de la retina ó de la piel dejan impresiones sensoriales. Si el aparato motor no tuviese su memoria, sus imágenes ó residuos, no se podría aprender ningún movimiento, ni hacerse habitual. Por lo demás, no es necesario acudir al razonamiento. Millares de experimentos prueban que el movimiento es inherente á la imagen, que está contenido en ella. El célebre experimento del péndulo de Chevreul, puede considerarse como tipo. ¿Es necesario citar otros? Las gentes, que se precipitan en una sima por temor de caer en ella; los que se cortan con la navaja de afeitar por temor de cortarse; la "lectura del pensamiento", que no es más que una "lectura", de estados musculares, y tantos otros he-



chos reputados como extraordinarios, simplemente porque el público ignora este hecho psicológico elemental; que toda imagen contiene una tendencia al movimiento. Ciertamente que el elemento motor no tiene siempre estas enormes proporciones, pero existe al menos en el estado naciente: como la imagen sensorial no tiene siempre la vivacidad alucinatoria, sino que se esboza simplemente en la conciencia.

3.º Si es fácil establecer la existencia de elementos motores en las imágenes, la cuestión de las ideas generales ó conceptos es más difícil. Hay que reconocer que la psicología fisiológica ha descuidado mucho la ideología, y que ha exigido volver sobre ella con los datos actuales de la experiencia: el estudio de las percepciones y de las imágenes ha preparado el camino. No tengo intención de tratar aquí episódicamente tan grave cuestión. Propongo sólo, á título de orientación, repartir las ideas generales en tres grandes categorías:

Las que resultan de la fusión de imágenes *semejantes*, sin la ayuda de la palabra.

Las que resultan de la fusión de imágenes *desemejantes*, con la ayuda de la palabra.

Las que se reducen á la palabra acompañada de un esquema vago, ó aun sin ninguna representación concomitante.

Dejo á un lado los conceptos reguladores (tiempo, espacio, causa), cuyo estudio nos llevaría demasiado lejos. Veamos si cada una de estas tres categorías encierra elementos motores sobre los que pueda actuar la atención.

a) La primera categoría comprende las ideas generales de la especie menos determinada, las que se encuentran en los animales superiores, en los niños y en los sordomudos antes del empleo del lenguaje analítico. La operación del espíritu se limita á recoger semejanzas muy salientes y á formar así *imágenes genéricas*, término que sería más exacto que el de las ideas generales. Esta operación parece muy análoga



al procedimiento conocido por medio del cual Galton, superponiendo muchas fotografías, obtiene el retrato compuesto de una familia, es decir, la acumulación de las semejanzas y la eliminación de las pequeñas diferencias; pero pretender, como se ha hecho, que este procedimiento explique la formación de las ideas generales, es una tesis insostenible; no explica más que el grado más bajo, no pudiendo actuar más que sobre grandes semejanzas.—Estas imágenes genéricas, ¿encierran un elemento motor? Es bien difícil decirlo, y en todo caso inútil; porque no es en ese estado de desarrollo de la vida mental cuando se ejerce la reflexión voluntaria.

b) La segunda categoría comprende la mayor parte de las ideas generales que sirven al uso común del pensamiento. En un estudio completo del asunto, habría ocasión de establecer una jerarquía ascendente de grupos, yendo del menos general al más general; es decir, marcando el poder de apreciar semejanzas cada vez

más débiles, analogías cada vez menos numerosas. Todos los grados de esta marcha ascendente se encuentran en la historia de la humanidad: los de la Tierra del Fuego no tienen ningún término abstracto. Los indios de América tienen términos para designar la encina blanca y la encina negra; no lo tienen para designar la encina en general. Los de Tasmania tienen un término para cada especie de árbol, no lo tienen para el árbol en general; con mayor razón ni para planta, animal, color, etc. (1). Sin insistir sobre estas diferentes fases, ¿qué tenemos nosotros en el espíritu cuando pensamos esas ideas generales? Ante todo una palabra, que es el elemento fijo; con ella, una imagen cada vez menos compleja, menos clara, á medida que se asciende en la generalización. Esta imagen es un *extracto*. Se forma por un procedimiento que el espíritu emplea hasta para representarse una imagen *individual*. Que

(1) Lubbock. *Les origines de la civilisation*, capítulo IX.—Taylor, *La civilisation primitive*, t. 1, cap. VII.



se observe, en efecto, mi representación de Pedro ó de Pablo, de mi perro, de todo sér ú objeto concreto perfectamente conocido por mí; no puede ser más que un extracto de las percepciones múltiples que yo he tenido de ellas, y que me las han presentado bajo diferentes aspectos. En la representación de una imagen individual hay una lucha entre las imágenes anteriores de este objeto sobre cuál prevalecerá en la conciencia. En la concepción de una idea general hay esa lucha entre diversas imágenes genéricas con el mismo fin. Es un extracto de segundo ó tercer orden. Se forma así un núcleo común alrededor del cual oscilan elementos vagos y oscuros. Mi concepción general de hombre ó de perro, si persiste, por poco que sea, en la conciencia, tiende á tomar una forma concreta; se hace un blanco ó un negro, un sabueso ó un perro de presa.— El elemento motor está representado sobre todo por la palabra: volveremos sobre ella. En cuanto á las imágenes ó extracto

de imágenes, adjuntas á la palabra, sería bien difícil decir lo que resta en ellos de los movimientos incluidos en las percepciones originales.

*c)* En la categoría precedente, á medida que las ideas se hacen más generales, el papel de las imágenes se borra poco á poco, la palabra se hace más y más preponderante hasta el momento en que queda sola. Tenemos, pues, esta marcha progresiva: imágenes genéricas sin palabra, imágenes genéricas con palabra, palabra sin imágenes. En este último grado, encontramos los conceptos puramente científicos. La palabra ¿existe sola en el espíritu en ese período supremo de la abstracción? Adopto la afirmativa sin vacilar. No puedo entrar en detalles, que me harían salir del asunto; me limitaré á hacer notar que, si no hay nada actualmente sin la palabra, hay, debe haber un saber potencial, la posibilidad de un conocimiento. “En el pensamiento actual, dice Leibnitz, tenemos costumbre de omitir la explicación de los